

EMBAJADORES DE CONSOLACION

J.Carlos Coupeau, S.J.

*Profesor Instituto de Espiritualidad,
P.U.G., Roma*

Introducción

La Congregación General representa a todos los miembros de la Compañía de Jesús. Como tal, participa de su Espíritu. La Congregación General es, a la vez, el órgano supremo de gobierno de este cuerpo. La Congregación General también ilustra las características que definen a la Compañía real en aquel momento de la historia en que sucede. Bastaría con recordar aquella primera Congregación que puso fin a la crisis después de la muerte de Ignacio o aquella otra que interrumpió la sucesión de generales españoles abriendo un paréntesis antes de dar el giro hacia el estilo italiano (CG 3); también se podría recordar la primera Congregación después de la Restauración (CG 20), o aquella excepcional celebrada en Loyola al final de un siglo de persecuciones (CG 24, 1892) o, en fin, aquella que resonó con el Concilio Vaticano II y el Sínodo de 1971 (CG 32).¹ Más importante que el valor representativo, gubernativo o histórico-descriptivo, la Congregación *realiza* la misma Compañía para un momento histórico.

¿Qué quiere decir que la Congregación *realiza* la Compañía de Jesús? Este artículo mantiene que la espiritualidad propia (ignaciana) es una importante condición de posibilidad. Esta espiritualidad puede favorecer una interpretación común a delegados de diversas culturas, razas y lenguas. Afirma que de la experiencia que tendrán los congregados en el 2008, y a través de su testimonio, se favorecerá en mayor o menor grado la Compañía en los años que vendrán. La congregación de los representantes hoy sustituye a la reunión y deliberación de *todos* los primeros compañeros de Ignacio a los comienzos. El texto de la Parte

VIII de las *Constituciones* es testigo de la transición entre una Compañía formada por un puñado (“los profesos” que cómodamente se puedan llamar) y una Compañía numerosa (“aquellos elegidos”). Convocar a todos sólo fue posible al comienzo, cuando la Compañía profesa aún era pequeña (unos 20 profesos en 1550 y el doble en 1556). Desde entonces, los congregados sólo son una representación mínima, algo más del 1%.

Se suele recordar que Ignacio evaluó el periodo de la congregación como “trabajo y distracción” de la actividad apostólica propia del cuerpo; que por eso prefirió que la congregación acabase “lo más presto que se pueda” y que de ellas se convocasen cuantas menos posible. El acto de

*La Congregación realiza la
misma Compañía para un
momento histórico*

reunirse hoy es más fácil, sin embargo, y sirve para materializar y realizar un modo de comunión especial. Es la comunión que originó a la Compañía y que debiera mostrar la solicitud de unos miembros por los otros, *ad intra* (pensemos en la difusión que los decretos de las CCGG 31, 32 y 34 tuvieron para toda la Compañía, por ejemplo). Además, el acto de reunirse reaviva la presencia eclesial y social de la Compañía, *ad extra* (como lo demuestra la resonancia mediática que ha seguido a los decretos de estas congregaciones, por ejemplo).

Una inmensa mayoría de los jesuitas, desafortunadamente, nunca podrá participar de esta experiencia tan rica y compleja de Compañía. Al menos no podrá participar directamente; se alimentará con el testimonio que de ella le llegue a través de sus provinciales y delegados, especialmente. Se podría argumentar que las Congregaciones Provinciales realizan a la Compañía, en la medida que también ellas preparan la Congregación General. Este otro tipo de congregación, sin embargo, aparece vinculado a territorios demasiado limitados para la hora global que comenzó con la CG 32 y que es distintiva de nuestro momento histórico de preocupación por la justicia, de diálogo y de comunión. En realidad, las reflexiones que siguen proceden de un hallazgo fortuito: el momento en que, leyendo la lista de los padres congregados en la CG 32, caí en la cuenta de que varios de ellos habían dejado una profunda huella en mi formación.² Estas reflexiones quieren ser un homenaje para ellos y una exhortación a quienes se congregarán próximamente a no subestimar su testimonio pascual. Desarrollaré éstas páginas en tres secciones: a) como conclusión de un

itinerario hasta Roma, b) como *upgrade* de una relación en Roma, c) como oblación de “mayor momento” desde Roma.

Y así, llegamos a Roma

Cómo llegar. La expresión “y así llegamos” introduce el tema de la congregación a partir de su preparación: ¿Cómo se llega a una Congregación General? La respuesta inmediata es: llegamos. Es decir, se llega en Compañía. Llegan el General y su curia, los superiores mayores, pero también los electores. Llegan como representantes y, en un modo análogo y diferido por el tiempo, también podríamos decir que llegamos los representados.

El lector encontrará la expresión “Así llegamos” en el sumario conclusivo de los *Hechos de los apóstoles* (Hch 28:14). Quizá también recuerde el contexto en que aparece este versículo. “Así” nos recuerda que la doble obra lucana se dispone sobre un itinerario. La concisión del adverbio contrasta tanto con el inmediato final del libro de los *Hechos* como con los veintisiete capítulos que lo preparan y aún con el evangelio de Lucas, que precede. Por su posición final, este versículo tiende un puente entre el Nuevo Testamento y nuestros días; une los apostolados de Pablo y Lucas con el apostolado de la Iglesia postapostólica y con nuestro apostolado desde el siglo XVI. El evangelio que hunde sus raíces en Jerusalén extendió sus ramas hasta Roma. “Así llegamos a Roma” evoca que la etapa en que nos encontramos tiene un pasado inmediato y concluirá con la próxima Congregación.

Preparación previa. El final de los *Hechos* mira al dinamismo característico de la expansión carismática que llevó a los apóstoles hasta el corazón del imperio romano. A los veinticinco años del generalato del P. Kolvenbach, “Así llegamos a Roma” puede confesar, también, la asistencia que el Señor ha dado a la Compañía en estos años. Su gracia le ha ayudado a perseverar en el camino comenzado. Para las *Constituciones de la Compañía*, Roma era el lugar “adonde es más fácil entenderse con todas partes”. Y, aunque las circunstancias del siglo XVI hayan cambiado en parte, Roma sigue identificándose incluso más hoy con aquel lugar donde se encuentra “la curia del Sumo Pontífice” (*Const.* 690).

Por motivos históricos que no han perdido toda su validez, Roma ha acogido todas las Congregaciones Generales, con aquella sola excepción que indicaba más arriba y en la cual se comunicó al papa el nombre del

nuevo general por telégrafo. El calificativo de “eterna” que se da a esta ciudad me sirve para desear un servicio así a la Compañía en la historia. La continuidad del servicio contrasta con la discontinuidad de los líderes que lo hacen posible en la Iglesia. Más acá y más allá de cada papa y de los ya 29 generales, está el servicio que se prolonga desde la inspiración ignaciana de la Storta: En Roma os seré propicio. Desde los tiempos de Paulo III, generales y vicarios generales han tratado de crear con el obispo de Roma y con la curia vaticana una relación especial –aunque no siempre fácil (en una ocasión, un papa llegó a someter tres postulados a la Congregación, otro papa determinó que las Congregaciones se convocasen cada nueve años, un tercero, prescindiendo del Vicario General y de lo previsto en las *Constituciones*, nombró su propio delegado para la convocatoria, etc.). Algunos superiores mayores y electores visitarán Roma por primera vez, muchos regresarán como Ignacio, Fabro y Laínez en aquel otoño de 1537 cuando se detuvieron en la Storta. La curia de Juan Pablo II que ha marcado gran parte de nuestra vida en la Compañía es ahora la curia de Benedicto XVI; a la discontinuidad entre curia y curia responde el servicio mantenido por la espiritualidad propia de la Compañía de Jesús. El servicio que, Ignacio nos recuerda, no mira en primer lugar a la persona, “sino quién es aquel por quien y a quien en todos obedecen, que es Cristo Nuestro Señor” (*Const.* 286).

Ignacio previó que aquella “mínima Compañía” se congregase en contadas ocasiones y, en particular, a la muerte de un Prepósito, para elegir su sucesor *ad vitam*. Ejemplo de economía fue la CG 10, que eligió dos generales, después que muriese el recién nombrado P. Gottifredi. En momentos en que ya se sintieron débiles, Nickel, González de Santalla, Roothaan y Beckx convocaron Congregaciones para elegir vicarios generales con derecho de sucesión más o menos reconocido. Siendo general Ledochowski, sin embargo, esta fórmula no pareció adecuada. En tal contexto, la convocatoria y preparación de esta Congregación no son tan excepcionales. Convoca y, Dios mediante, presidirá a los Congregados inicialmente, el P. Kolvenbach. El General está aún en posesión de sus facultades y personaliza en vivo una memoria, la memoria del servicio que la Compañía ha querido dar a la Iglesia desde septiembre de 1983.

Repitiendo el gesto que Ignacio tuvo a los diez años de recibir su encomienda (1541-1551), a los 25 de haber recibido la suya, el P. Kolvenbach podrá presentar su renuncia a la Compañía. Parece que lo hará al principio de la Congregación, según anuncia la carta convocatoria del 2 de febrero

de este año. De hecho, las *Constituciones* prevén la elección como la primera decisión importante para los congregados. Las *Constituciones*, sin embargo, no se refieren al caso en que nos encontramos y, por eso, no sería impensable que el General presentara su renuncia más tarde o incluso después de haber tratado de las “cosas muy difíciles tocantes a todo el cuerpo,” que menciona la convocatoria. En uno u otro caso, los congregados podrían responderle que no admiten la renuncia al cargo. Esto ya se lo respondieron los primeros compañeros a Ignacio. E Ignacio, que abnegadamente siguió en el puesto, añadió de su puño y letra en el manuscrito de las *Constituciones* que el “elegido no puede rehusar” (cf. [Const. 701] y NNCC 362, §5). Que el General retrasase su renuncia y que la Compañía no la admitiera, nos puede parecer extraordinario. El mismo desarrollo de la Congregación, sin embargo, podría justificarlo. En el pasado, los congregados prefirieron elegir un Vicario General con derecho a sucesión, hoy nuestra sociedad habla del retiro como una cosa natural. Poco hablamos de la situación que se crearía con la coexistencia de un general retirado pero con experiencia y otro, inexperimentado, pero nombrado tal. Tampoco hablamos de la madurez que se requeriría en los miembros para evitar ciertas dinámicas, que podrían encontrar eco en la curia vaticana.

La comunión es el presupuesto para cualquier conservación, gobierno y apostolado de la Compañía

Retrasar la presentación de la renuncia al final de la Congregación, por tanto, no carecería de cierto fundamento. El P. General no solo simboliza sino que eminentemente contribuye a hacer realidad la comunión del cuerpo. La comunión es el presupuesto para cualquier conservación, gobierno y apostolado de la Compañía. La autoridad y experiencia del General actual puede ayudar a una congregación marcada por la diversidad a reconducirse hacia la comunión. Del valor mismo que las *Constituciones* reconocen en “toda unión y conformidad” se deduce en pura lógica que lo contrario permanece siempre como un peligro. Ignacio lo temía y los hechos le dieron la razón durante la crisis abierta a su muerte. Nadal contribuyó a salvar la comunión, entre otras cosas, haciendo un acto positivo de renuncia, pues había sido nombrado Vicario General por Ignacio.

No mucho después, cuando la CG 3 se reunió para elegir al sucesor de Francisco de Borja, un grupo influyente de jesuitas se puso de acuerdo

con el Rey y el Cardenal-Infante de Portugal para presionar al Papa. Buscaban impedir que el nombramiento del nuevo general recayera sobre alguno de aquellos que, por descender de judíos, eran llamados *cristianos nuevos*. Entre los candidatos más probables, de hecho, uno estaba marcado por este origen. Contra él parece que se dirigía esta conspiración. Había servido como secretario de la Compañía durante los tres primeros Generalatos y todavía desempeñaba el cargo de Vicario General de la Compañía: Juan A. de Polanco. Consecuente a las presiones, Gregorio XIII impuso una restricción indiscriminada: por esta vez, la Congregación no podría elegir “un español” (Polanco también era español). Como Vicario General, Polanco solicitó audiencia y, a sabiendas de los prejuicios de sus detractores, pidió que tal imposición sólo afectara a la elección de su persona, permitiendo la máxima libertad a la Congregación. Ante una restricción tan indiscriminada, Polanco no hacía sino representar el bien de la Compañía.

Las *Constituciones* llaman “peste” a quienes siguiendo intereses particulares amenazan con dividir y destruir la Compañía (*Const.* 604.709). Prevén la reacción contra el que denominan “cismático” o “autor de división.” Podríamos pensar que las *Constituciones* se refieren a individuos singulares, pero creo que no es una interpretación desproporcionada ver un “autor de división” también en cada facción que no mira por la comunión.

Os seré propicio en Roma

¿Qué testimonio? El contexto inmediato del versículo de *Hechos* me mueve a repetir “así llegamos”. La historia de las Congregaciones nos introduce hacia la futura CG 35 como experiencia neumática. El libro de los *Hechos* dio testimonio a las generaciones sucesivas de la acción del Espíritu Santo. Antes que la narración de las hazañas de un puñado de aventureros y más importante que el tributo al ministerio que los primeros superapóstoles realizaron, los *Hechos* interpretan la obra liberadora de Dios por su Iglesia. Sólo una mirada contemplativa descubre esta acción amorosa de Dios y, al revés, sólo el amor de Dios puede ser vínculo principal de la unión (*Const.* 671).

Muy lejos del frenesí de nuestro tiempo, la confesión de la acción providente de Dios por los hombres, y por la Iglesia en particular, fue el testimonio de partida para los primeros jesuitas. Jerónimo Nadal, por ejemplo, se refirió a la *gracia de la vocación* como punto de partida para

sus explicaciones del Instituto de la Compañía. Nadal escenifica su presentación de la Compañía en el contexto de un *Diálogo* entre tres caminantes, uno de los cuales ofrece su mirada providencialista sobre la realidad, mientras que esta misma realidad trae desolados a sus dos conversadores (un protestante y otro católico desafectado por la vida religiosa y el papado). Esta escena, en efecto, fue inspirada por la escena de Emaús.

El año que está por comenzar, celebraremos el quinto centenario del nacimiento de Nadal, el heraldo de las Constituciones. Con su vida, Nadal ilustró la vocación “para discurrir por unas partes y por otras.” Nadal escenificó sobre el camino que va de Mainz a Ausburgo el diálogo entre sus tres personajes. Así adaptaba para sus contemporáneos el descubrimiento de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón?”

¿Dónde está la consolación? La esencia de la preparación para la Congregación debiera ser el encuentro con la presencia y acción amorosa del Señor: el fervor. Usando una imagen que las *Constituciones* nos ofrecen, el apóstol es el “instrumento” dócil en la mano de Dios. El apóstol es tanto más eficaz cuanto más puramente se emplea en la gloria de Dios y su servicio. La invitación a predicar “a todas las gentes” y “hasta los confines del mundo” sólo se justifica por la nueva sensibilidad que los discípulos adquieren por el camino. Dios actúa por mediación de personas concretas y Pablo fue el modelo del apostolado para los primeros jesuitas. El título mismo de los *Hechos de los apóstoles* nos recuerda, sin embargo, el hecho primordial: que los hechos siguieron a la misión. Solo más tarde, el texto se interesa por lo que se siguió de este envío y por el discurrir de apóstoles como Pablo.

En primera persona. Los pasajes “nos,” a que pertenece el versículo de *Hechos*, me han fascinado desde los días en que estudiábamos la teología. Entre páginas y páginas donde el relato se continúa en tercera persona, el profesor nos hizo notar algunos pasajes donde el narrador se adentraba en su propio texto. Algo así como una bitácora de navegación que registra los momentos más sobresalientes y que concluye cuando el narrador alcanza el punto de destino. En esta “bitácora” del viaje a Roma, la misteriosa primera persona del plural dejó la marca de la autenticidad. Independientemente del origen de estos pasajes en una fuente común, todos comunican la fuerza del testimonio de la experiencia directa propia.

De hecho, los pasajes “nos” me sirven para pensar en los provinciales y delegados que se dirigen a la Congregación General como si de Pablo y

Lucas se tratara. Las *Constituciones de la Compañía* se diferencian de otras constituciones religiosas porque, entre otras cosas, su autor no usó la primera persona del singular nunca y prefirió hablar de “nosotros”.

Saber. . . y entender. Así como la Compañía es espíritu además de cuerpo, así también el “nosotros” es más que la suma de los miembros. Un modo elemental de realizar este nuevo sujeto plural es la comunicación. Para favorecer ésta, Ignacio previó las congregaciones y un intenso intercambio epistolar (“letras misivas”). Su puesta en marcha, la organización de una cancillería y el rápido y disciplinado desarrollo en cuatro continentes, constituye una de las maravillas de la Edad Moderna. Este intercambio entre la cabeza y los miembros, debía complementarse con otro intercambio de tipo horizontal: “Para que lo de una provincia se sepa en otras.” Significativamente, Ignacio distingue entre el “saber” unos de otros y el “entender” las nuevas e informaciones. Esta distinción toca la médula del sujeto corporativo como cuerpo y espíritu. Lo comprobamos al ver de qué contenidos deberán tratar esta correspondencia: Ignacio y su curia pidieron que se prefiriera “lo que es para consolación y edificación mutuas en el Señor nuestro” (*Const.* 673).

Similarmente, la información en una Congregación General debe ser algo más que intercambio de noticias; debe constituirse en entendimiento. Es decir, la comunicación debe ser confesión y testimonio afectivo del obrar de Dios. Los pasajes en primera persona nos introducen en la historia como miembros de un cuerpo habitado por el mismo Espíritu. Leemos: “Y así llegamos a Roma” y lo interpretamos como participando de aquel recuerdo y de aquel anuncio apostólico. En las *Constituciones* leemos “nos persuadimos”, “nos mueve,” “nos ha parecido,” etc., y nos sentimos incorporados en el dinamismo de aquellas deliberaciones de los primeros compañeros: “procurando proceder con espíritu de amor. . . de modo que todos nos animemos para no perder punto de perfección que con su divina gracia podamos alcanzar” (*Const.* 547).

El camino que llevó a Pablo hasta Roma no fue fácil y no hubiese sucedido sin que muchos ayudaran a aquel grano en la espiga a madurar para la cosecha. Largas travesías y duras caminatas, el peso de las cadenas, etc., prepararon su espíritu. Entre tantas dificultades el Espíritu consolador lo sostuvo: “encontramos allí hermanos” –dice Lucas– “y tuvimos el consuelo de permanecer con ellos.” También Lucas fue causa de consuelo para Pablo. Lucas, que concibió aquella aparición donde Jesús sale al camino y se hace

el encontradizo. Lucas, el evangelista de los gentiles, que clausura su relato con la consolación.

El mismo Espíritu consolador ayudó a Ignacio a madurar como grano en la espiga. Venía camino de Roma cuando experimentó la visión consoladora de la Storta. El contenido de esta visión respondía a sus plegarias básicamente. Llevaba meses pidiendo a Dios por intercesión de María en favor suyo y de sus compañeros y en la Storta sintió como Dios Padre pedía al Hijo que Éste le admitiese en su compañía. Por sus recientes votos o por su más reciente ordenación, todos los compañeros comenzaban una vida sacerdotal y consagrada al servicio divino como cuerpo. Temían el martirio y a la vez lo deseaban. En meses en que arreciaban las persecuciones en Venecia y Roma, aquella visión consoladora por el camino, confirmó y fortaleció a Ignacio y sus compañeros.

Novedad y asombro: La transformación de los muchos discípulos en un Apóstol.

En Roma, Pablo y también Ignacio dieron testimonio con su vida. Ignacio, que veía las ventanas cerradas antes de entrar en Roma, apenas volvería a salir de la ciudad. Su estabilidad ha sido interpretada como signo de su constante servicio a la Santa Sede y a sus compañeros distribuidos por el mundo. Ciertamente, las Congregaciones no se reúnen para dar un testimonio del tipo de Pablo o de Ignacio. El testimonio de la CG 32, sin embargo, me mueve a “encomendar mucho a Dios nuestro Señor” que los padres congregados estén dispuestos a dar el testimonio más alto. Ya lo he introducido antes, entre tantos formadores como me han acompañado en la Compañía, descubrí que un grupo selecto compartía un dato en común: habían sido testigos de los acontecimientos de la CG 32. El voto del silencio respecto a las sesiones en el aula solo hizo más elocuente el testimonio de sus vidas.

Como ellos, otros también dejaron Roma para imprimir una profunda huella mediante sus ministerios. Cuando pienso en ellos y su huella en mi formación me viene a la cabeza una analogía con aquel modo de dar los Ejercicios a que Luis de la Palma se refirió en una ocasión. De la Palma no hablaba del mes de Ejercicios que relativamente pocos han hecho en la historia. Tampoco hablaba de los Ejercicios leves que muchos más han experimentado. Se refería a aquellos ejercicios con minúscula que quien se ha apropiado de la experiencia de los Ejercicios ignaciano acierta a proponer a quien le conversa. De la Palma hablaba de “Aquél modo tan provechoso de dar los Ejercicios.” Se refería a la sabiduría y comprensión del núcleo de

nuestra espiritualidad para cada época de la historia y que nace de la experiencia. Un modo tan provechoso –afirma- “que los que los reciben [estos “ejercicios”] sienten el provecho sin advertir ni saber que los hacen.”³

Sin apenas comprender cómo, los padres congregados podrán apropiarse del testimonio del Espíritu en acción como se apropiaron mis formadores de aquella experiencia tan profunda. Aquellos formadores han sabido trasmitirme un amor por la Compañía que ahora comprendo fue acrisolado en duras jornadas y en la humillación. Años después fueron mis superiores, mis directores, mis acompañantes espirituales, uno incluso fue el corrector de mi tesis. Se convirtieron en mis amigos; todavía son referentes para mi vocación. Atravesaron juntos una misma experiencia y me han sabido introducir a ella. Cuando hablaban de su general, me invitaban a hablar del mío con unción. La Congregación General fue una importante jornada en la forja de aquel grupo. Pudieron contrastar la postración de la Compañía que representaban y la fragilidad de la palabra humana con la fuerza del mismo Espíritu que les unía unánimes en un solo Apóstol de la Iglesia. Roma les había llevado a profundizar y descubrir más pura la fuente de su motivación.

La Congregación en Roma no debiera limitarse a una duración. Mejor sería si alcanzase a ser un acontecimiento pascual, un *kairos*. Nadie desea que acontecimientos como aquellos de 1975 llegaran a repetirse, pero sería un error despreciar las ocasiones que se darán para “salir del propio amor querer e interés” (EE 189). En este sentido, las antiguas Congregaciones solían comenzar con un acto de humildad y reconocimiento: los *detrimenta*.

Ser. Nunca otra Congregación fue tan diversa en su composición como la CG 35. Confiar en que bajo otras lenguas, otras razas, otras culturas y otras prioridades, etc., todos los congregados comparten una misma espiritualidad ya será ejercicio de este “salir”. Los cinco grandes temas recomendados por los superiores mayores en el 2005 pueden agruparse en torno a tres grandes áreas: a) ser (identidad y formación), b) vivir (gobierno y vida común) y c) actuar (colaboración con los laicos). Al centro del ser podemos situar el patrimonio espiritual ignaciano común. Por ejemplo, quinientos años después del nacimiento de Francisco Javier, el vigor numérico de la Compañía en Asia y en la India en particular anuncia que va llegando la hora de un relevo. Al empuje con que la Compañía prendió en la península ibérica, Francia o los Estados Unidos, etc., puede suceder ahora un vigor misionero y apostólico que ya ha amanecido por oriente. Por encima de las estadísticas y las tendencias demográficas, sin embargo, cuentan las

“virtudes sólidas” ignacianas y más importante que los números, cuenta aquella abnegación que sirve a la caridad corporativa. Si valoran que el Espíritu hace nuevas todas las cosas, los congregados desconfiarán de aquellos discursos exclusivistas.

Vivir. Cualquier discusión sobre la Vida de comunidad, por otro lado, quedará relativizada por la capacidad para *transformar* semejante agregado de jesuitas en Congregación y ésta en *una* comunión en el Señor nuestro. También aquí les ayudará la espiritualidad que busca la unión de los ánimos en la escucha y el modo más perfecto de obediencia: el del entendimiento. Atención porque la Compañía internacional no es una “sustancia” invariable, sino un proyecto. Como todo proyecto humano, la vida de la Compañía pivota sobre experiencias discretas y limitadas como la Congregación. La Compañía se aprovecha de estos momentos mediante el discernimiento. Cuando reflexionamos sobre los orígenes del concepto de comunidad jesuítica encontramos una gran diferencia con nuestra situación. Si en los inicios el

todo precedió a cada una de las partes, ahora la experiencia que un jesuita adquiere de la parte en que entró a la Compañía precede a la comprensión de la Compañía como un todo.⁴ En

*La experiencia de Congregación
puede transformar
a los delegados en testigos*

efecto, la afable amistad que generó una comunidad internacional de diez *amigos en el Señor* precedió a su distribución por diversas partes del mundo (en comunidades locales). Enseguida, en cambio, la mayoría de los jesuitas solo serían capaces de aprehender la característica identidad supranacional a través de las concreciones parciales que de ella tendrían a su disposición (noviciados, provincias, con una misma lengua, empeñadas en ministerios específicos de una región, etc.). En este sentido, un gran reto para la formación hoy es descubrir y llegar a amar el don de esta identidad para nuestro mundo. Y, también, comprender que la Compañía no *es* substancialmente internacional sino que *no debe dejar de luchar* para seguir siéndolo.

Actuar. Al caer la tarde del domingo de resurrección, los discípulos de Emaús buscaron a sus compañeros. Les urgía compartir su experiencia del crucificado-resucitado. Allí se encontraron con más discípulos y su encuentro marcó el inicio de una transformación impredecible solo algunas horas antes. Dejaron atrás su casa y mesa, desandaron el camino. Se alejaron

de Emaús para encontrarse con los otros y para, sólo más tarde, volver. Entre la ida y el regreso, el camino quedó transformado por aquel solo Espíritu en muchos. Entraron en el cenáculo como discípulos, salieron como apóstoles; la experiencia de comunión les confirmó. La experiencia de comunión transformó el camino del seguimiento en asombro antes de volverse camino apostólico y envío.

Creo que todo lo anterior vale también para la Congregación. El tiempo *kairos* se opone a stress. Es un tiempo cualitativamente distinto porque nuestra pasividad es más característica de este tiempo que del tiempo ordinario. Aunque parezca anecdótico, el modo como gestione el tiempo revelará su madurez en la apropiación de la experiencia pascual. Muchos de los congregados no volverán a tener otra ocasión así de sentir y personalizar la Compañía universal. Ojala los padres congregados den con un modo de administrar su tiempo que no sea demasiado ejecutivo, ojala su tiempo transcurra a la mayor gloria de Dios y dé testimonio de Él. A fin de cuentas, Dios se puede mostrar propicio.

Aquel modo tan provechoso de dar. . .

La experiencia de Congregación puede transformar a los delegados en testigos. Lucas y los demás evangelistas se esforzaron por avivar su propio recuerdo en la comunidad. Nadal al final de su vida, Polanco al final de la suya, se retiraron para hacer lo mismo. Los *Diálogos* de aquél o el *Chronicon* de éste son narraciones que confiesan su entendimiento de cómo Dios actuó en y por la comunidad. Ellos nos ayudan a revivir Emaús en nuestra camino hacia la Congregación.

Afectos ordenados. Como aquel escriba que sacaba de un baúl “lo viejo” y “lo nuevo”, a los padres congregados toca vivir y testimoniar este momento privilegiado de discernimiento. Preferiría no poner el acento en el pensamiento común. A veces los documentos consensuados no transmiten más que ideas. La espiritualidad ignaciana nos enseña que, más importante que pensar y escribir juntos, es sentir. El secreto del fruto está en afectarse rectamente. En estas páginas, he querido llamar la atención sobre la necesidad de re-conocer cómo Dios ha actuado y actúa en, por medio, gracias a la Compañía “instrumento”. No basta “saber”, se necesita “entender” cómo este momento es un tiempo cualitativamente diferente. De tal experiencia de acogida del don de Dios, se sigue que todo decreto es, ante

todo, una exhortación que se hace en primera persona. Cuarenta años después del Concilio, la exhortación de la CG 35 podría ser de tipo vocacional, algo así como la llamada ignaciana al seguimiento que comienza “Todo aquel que quiera. . .”

Embajadores de consolación. Ojala, la congregación sea un tiempo de deliberación y escucha, de impetración y acogida, *para* “conservar y acrecentar” la Compañía toda. En los Ejercicios, la consolación de Cuarta Semana es un don para alcanzar amor no sólo para nosotros. Es decir, un don que nos convierte en apóstoles, impulsándonos a que otros también alcancen a sentir la presencia actuante y consoladora del Espíritu. En este sentido, ojalá que los padres congregados se conviertan en embajadores y mistagogos de su propia experiencia: un mismo Espíritu en muchos.⁵ En mi opinión, aquí se encuentra el secreto del “conservar y el acrecentar”, que las *Constituciones* persiguen y a la Congregación se encomienda.

¹ Muchos datos que siguen están tomados del *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Charles E. O'Neill y Joaquín M^o Domínguez, eds., 4 vols., Roma y Madrid: Institutum Historicum Societatis Iesu - Universidad Pontificia Comillas, 2001, 2:1595-1706.

² El lector podrá comprobar esta lista en *Acta Romana Societatis Iesu* XVI (1974): 463-471

³ Luis de la Palma, *Camino espiritual 5.9.2* en *Obras del Padre Luis de la Palma*, Francisco X. Rodríguez ed., Madrid: BAC, 1967, 812-813.

⁴ No todos estarían de acuerdo. Quizá el lector quiera contrastar esta postura con la de Maurizio Costa, S.J. “Note intorno a Comunità Apostolica in Compagnia di Gesù.” *Appunti di Spiritualità* 9 (1977): 3-25.

⁵ Josep M^o Rambla, “El hombre de las *Constituciones* como prolongación del hombre de los *Ejercicios*”, en *Manresa* 70 (1997), 370-371.